

Bioética e Investigación con seres humanos y animales

Padre Anthony Mifsud B.
Doctor en Teología
Centro de Etica
Universidad Alberto Hurtado

Confieso que la lectura del libro sobre *Bioética e Investigación con seres humanos y animales* me produjo dos mociones: por una parte, una profunda desolación frente al presente, y por otra, una gran consolación de cara al futuro.

Comencemos por la desolación. El sólo hecho de tener que escribir un libro sobre la necesidad de incluir y exigir la perspectiva ética en el campo de la investigación con seres humanos resulta desolador, porque es probar y fundamentar lo que se presume como obvio.

La ciencia sin conciencia deja de ser una ciencia humana. La ciencia tiene como sujeto (en este caso, el investigador) a un ser humano y, además, tiene como finalidad a la humanidad. Lo humano está presente en el horizonte de cualquier ciencia, sea como *sujeto* de realización sea como *sujeto* de estudio e investigación. Por ello, es éticamente inaceptable reducir el sujeto a un mero *objeto* de estudio o a un simple medio para conseguir un fin.

Como bien decía Einstein, antes teníamos claridad con respecto a los fines pero una pobreza de medios, pero en la actualidad tenemos riqueza de medios pero una confusión en el reino de los fines. Se impone una sabiduría (un discernimiento) para aprender a emplear el conocimiento en beneficio de la humanidad, superando la mentalidad pragmática que sólo se pregunta por el *cómo*, olvidándose del *para qué*. La claridad en la finalidad, es decir, la siempre mayor dignificación de todo ser humano, impedirá la reducción a objeto de cualquier sujeto humano. El valor de lo humano, presente en el horizonte del fin, ilumina y protege la humanidad de cualquier sujeto empleado como medio en su consecución.

Por consiguiente, llama tristemente la atención que 24 de los 26 proyectos presentados a FONDECYT adolezcan de deficiencias bioéticas; hierde al espíritu humano que en los países desarrollados se habla de la mejor medicación *existente* mientras que para los países pobres se contenta con aquella tan sólo *disponible*; preocupa cuando un paciente o una persona se convierte en un impersonal *probando* al entrar en el campo de la investigación; y, ciertamente, comienza la sospecha fundada cuando las instituciones empresariales introducen unilateralmente su afán de lucro en el campo de la salud, porque se rompe la relación entre salud y enfermedad, asomándose la inaceptable dinámica de salud y poder adquisitivo.

Justamente, este libro se rebela contra una ciencia que confunde la objetividad con la impersonalidad y la imparcialidad con la utilización. En primer lugar, este escrito invita a *pensar* la ciencia, es decir, de hacer ciencia (como sabiduría) de la ciencia (como puro conocimiento). Es la sabiduría la que da el horizonte de sentido al conocimiento y lo dirige en su búsqueda y en sus resultados. Sin sabiduría el mero conocimiento queda ciego porque puede ser empleado para el bien de la humanidad o para su destrucción. Lamentablemente, la historia lo confirma y el mismo libro da varios ejemplos al respecto.

Pensar la ciencia también exige necesariamente la explicitación de la *antropología* subyacente, ya que ninguna ciencia resulta neutra, una vez que dice relación al ser humano. Por consiguiente, cualquier trabajo científico, especialmente uno que investiga directamente con y en seres humanos, necesita explicitar su comprensión de lo humano. Esto implica dos interrogantes: (a) por una parte, el por qué hago lo que hago del investigador, y, (b) por otra, el cómo trato al sujeto de la investigación.

A su vez, la explicitación de la antropología no deja indiferente porque implica tomar postura frente a las distintas concepciones de lo humano, sea en cuanto motivación sea en cuanto el objeto de estudio. Esta misma opción introduce la dimensión *ética*, porque, en el fondo, la ética es hacerse cargo de lo humano, es hacerse protagonista de las propias acciones y asumir responsablemente sus consecuencias.

La auténtica actitud ética en la investigación no es otra que la *solidaridad*, especialmente porque el sujeto es particularmente vulnerable ya que, en algunos casos es su salud y a veces su propia vida, la que está involucrada. El Padre Hurtado hablaba del sentido social, es decir, "esa actitud espontánea para reaccionar fraternamente frente a los demás, que lo hace ponerse en su punto de vista ajeno como si fuese el propio: que no tolera el abuso frente al indefenso; que se indigna cuando la justicia es violada". Por ello, la correspondiente responsabilidad social "dice bien claro que no puede uno contentarse con no hacer el mal, sino que está obligado a hacer el bien y a trabajar por un mundo mejor".¹

El libro presenta varios principios básicos que traducen y orientan esta actitud solidaria de sentido social que debería formar el *ethos* del investigador, haciendo de su profesión una verdadera vocación de servicio a la humanidad. Entre otros, vale la pena destacar cuatro *principios*:

Todo y cada ser humano, en cualquier condición o etapa de su vida, es una persona y, como tal, tiene una dignidad inalienable que impide ser reducido a un simple medio, ya que pertenece al reino de los fines, como también exige el trato adulto.

Por consiguiente, el acto clínico o médico tiene como finalidad, y razón de ser, el servicio a la persona humana, que se traduce en el objetivo de la beneficencia.

El consentimiento informado es un proceso que expresa, de manera privilegiada, el respeto mutuo entre médico/investigador y paciente/probando, creando un vínculo de confianza y fomentando una mutua colaboración, comprometiendo al médico/investigador y respetando el ejercicio de libertad del paciente.

Los descubrimientos científicos relacionados con la salud son patrimonio de la humanidad y, por ello, no pueden generar ni agudizar la diferencia entre pobres y ricos en el campo de la salud, sin cuestionar la esencia misma de la ciencia médica.

¹ Patricio Miranda, **Moral Social: obra póstuma del Padre Alberto Hurtado, S.J.**, (Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile, 2004), p. 205.

Evidentemente, esta dimensión ética no puede ser obviada y tendría que formar parte integral de la formación del profesional. Básicamente, es una formación del *discernimiento* del alumno, a nivel de su sensibilidad, su razonamiento y su motivación para asegurar el ethos del profesional de mañana.

Las normas son necesarias, pero lo esencial es el constante desarrollo de la *cultura ética* en el ámbito de la investigación, porque la sociedad necesita médicos de conciencia que cultivan la ética del cuidado.